

que se oscurecen por el progreso implacable de la técnica. Pero después de este período, Kaiser encuentra una fuerza poética que retrocede ante los problemas efímeros: vuelve al dominio de lo divino, de lo eterno. Acaba de hacer representar en Alemania una pieza, *Día de Octubre*, que ha obtenido un éxito inmenso. Notemos aún que Kaiser se había estrenado con una magnífica, *Los burgueses de Calais*.

No son éstas sino indicaciones, ni siquiera notas para una historia literaria. No he querido más que llamar la atención sobre obras que merecen ser conocidas, mas aún ser traducidas y sobre todo ser leídas.—HANS JACOB.

Traducido especialmente para *Atenea*.

<https://doi.org/10.29393/At53-14VTLP10014>

“Un vagabundo toca con sordina”, de Knut Hamsun



ACIA falta una traducción al castellano de *Un vagabundo toca con sordina*, y no se explica cómo es que habiéndose traducido hasta los cuentos de Knut Hamsun, esta novela hubiera quedado elegada. Dada la manera personalísima de realizar de Knut Hamsun, cada obra suya es un capítulo de un conjunto vital, de modo que la falta de conocimiento de cualquiera de sus obras hace que se resienta la impresión de múltiple existencia que vive, recoge y hace vivir ese personaje único que es el alma de toda su obra.

Personaje de una potencia anímica que desborda de sí mismo, le sobran fuerzas para realizarse, como lo hace, en todo lo que encuentra a su paso. Es la vida misma realizándose en todo. Como la vida también, es un inquietador. Allí donde todo parece muerto, él revuelve, agita y despierta la vida.

Vive con un impulso que a veces no puede domeñar, y donde encuentra obstáculos demasiado tenaces, no llega tampoco en vano, siempre tendrá algo que hacer. Así le falten medios económicos, así tenga que luchar con el hambre o, en otras circunstancias, tenga que apelar a recursos desesperados que a él mismo le parecerán falsos por lo débiles. Toda pobreza material y toda depresión física y espiritual podrá sobrellevar, pero nunca llegará a la sumisa dobleguez ante lo humano. Es un hijo de sí mismo, y no hay tesoro y no hay nobleza de más legítimo orgullo.

Naturalmente que esto ofrece inconvenientes harto serios; pero si la vida va mal, algo irá mejor, y si todo va mal, bueno, se le acepta, se carga con la responsabilidad. Siempre hay, además, sus juguetes y todos no han de ser agradables. ¡Qué se quiere! El niño que no tiene juguetes, los inventa, y es más hermoso el de una carretilla de hilo desocupada, si la propia mano o la imaginación la transforman y la hacen envidiable para quienes pueden tener todo lo que quieren, y todavía queda el recurso de reirse del juguete, de la envidia y de uno mismo. Lo importante es vivir plenamente.

Si a veces hay que tascar freno, bien, se le tasca, pero habrá que hacerlo del mejor modo posible, y hay mil maneras de hacerlo. Queda el recurso de rebelarse o de doblegarse ante sí mismo. Acaso en los instantes de la rebelión álgida o la dobleguez contra sí mismo, ajenamente a la propia voluntad, se disparen los impulsos sin concierto alguno; pero no será sino que para realizar en alguna forma el dominio de los hechos que resultan contrarios o para que, como rebote, hieran en un auto-castigo.

Se goza en un diabólico juego. Se disocia. Si lo quiere, es una multitud en sí mismo, donde cada anhelo y cada impulso encarna en hombres fuertes y libres como él que se dan guerra contra sí y contra los demás que son él mismo. Generalmente es una dualidad en guerra. Se empequeñece y se agranda, se sufre y se alegra en sí mismo, a la vez o alternativamente: se ironiza.

Con esa misma pasión vive en todo, y así la vida se le da entera. ¿Qué mundo, qué paisajes, qué seres ni qué acontecimientos podrán negarle su sentido, si así los lleva dentro de sí?

Sin embargo, ese no será sino un proceso preparatorio. Habrá que sentir la vida dentro de sí para apreciarla y gustarla intra y extravertidamente en todos sus altos y bajos, en toda la pulsación vital; pero queda todavía lo más interesante, esa sabiduría de expresarla objetivada en su esencia y en los aspectos que muestran más nítidamente su desenvolvimiento. ¿Es ese el galardón de quien ha vivido intensamente?

Pero dejemos para otra ocasión o para ninguna, lo que suscite o pueda suscitar la obra de Hamsun, pues puede quedar perfectamente para quien lo crea, sí, y para quien no lo crea, no, que el personaje y el autor sean uno mismo, como alguien ha podido expresarlo.

La realización del uno y la vida del otro son lo bastante interesantes para que no valga la pena ponerse a desentrañar donde concluye uno y donde comienza el otro, y nada se ganaría tampoco.

Si los períodos de vida, álgidos o depresivos, acompañados del cortejo de acontecimientos en que se desenvuelven, y de los demás tipos que actúan con el personaje eje de las obras de Hamsun, han sido lo suficientemente interesantes como para llamar la atención sobre su típica genialidad multianímica, no ofrece menor atractivo aquí en que, vagabundo, llega a los cincuenta años. «Y cuando un vagabundo llega al medio siglo, entonces toca con sordina». Toca a conformidad, toca a resignación.

Pasó el tiempo de las rebeliones y sólo hay que inclinar el hombro a la desgracia, para cargar con la responsabilidad. «No hay derecho para creer que tiene uno derecho a recibir más bombones que aquéllos que recibe».

Ha llegado tarde y viejo: ya es inocuo. Ha tenido libre curso, de modo que no necesita un disfraz de barbas como aquél con que llegó. Ha llegado sólo para asistir al desarrollo de una tragedia. Todos los papeles estaban repartidos y a él sólo le toca actuar en el coro. El papel de galán le ha tocado a un joven, sí, tal vez demasiado joven. El lo habría hecho mejor, pero ha llegado demasiado tarde y ya es viejo. Así, una madre y su hijo se hundieron en el río.

Si hubiera sido del capitán, tal vez no habría ocurrido ninguna desgracia. Y fué la mujer del capitán la que se hundió con un hijo nonato.

Pudieron haber comprendido. Faltaban los hijos y cuando uno iba a llegar, no supieron o no pudieron cargar con la desgracia, y ellos la habían querido. Llegó por el camino de las diversiones que ellos mismos buscaron.

La forma objetiva de Hamsun permite que en una novela relativamente corta como ésta, se encierre un mundo. Toda la vida de una pequeña granja está aquí hasta con las alternativas psicológicas de la tragedia familiar que se desarrolla. La servidumbre, y con ella el vagabundo, es como el coro en las tragedias griegas, aunque con un papel más activo. El vagabundo ha servido al capitán en la granja y ha servido al amante en una pequeña ciudad, lo suficiente para que nos haga vivir con él en ambos sitios. Como un perro ha seguido las huellas de su ama, porque una vez, siete años atrás, ambos se conturbaron al mirarse.

Y cuando todo está consumado, él no tiene nada que hacer allí y gana el bosque.

El perro aventurero, cuando ha llegado a viejo y ha tenido su reincidencia amorosa en que por viejo le ha ido mal, retorna cansado y triste. Se echa en un sitio, se levanta de nuevo in-

conforme y se echa en otro. Medita un poco y se apresta a emprender de nuevo la marcha; hará una marcha larga tal vez. Pero está viejo y cansado y busca de nuevo un lecho donde descansar, pero ahora lo busca más cómodo, porque tendrá que descansar definitivamente.—LEOPOLDO PIZARRO L.

Reminiscencias de la Conferencia del Trabajo

Ginebra, Enero de 1929.

S corriente oír hablar a los patrones de «colaboración de clases». En cuanto los obreros se impacientan un poco y asumen actitudes inquietadoras, los patrones los acusan de «fomentar la lucha» y de destruir «el espíritu de colaboración» al cual ellos dedican todas sus energías.

Pero «otra cosa es con guitarra» como dice, con ritmo de canción, nuestro pueblo.

En efecto, si un Gobierno consciente de su responsabilidad ante el Porvenir intenta despachar y, sobre todo, aplicar algunas leyes destinadas a dar a los trabajadores una condición más humana, los patrones olvidan todas sus teorías sobre la colaboración. Y sin embargo, nadie mejor que ellos puede comprender que si la colaboración no se realiza en el terreno de las realidades económicas, no se realizará en ninguna parte.

El Tratado de Versalles, que no fué concebido ni redactado por revolucionarios, estipuló como una condición «de paz mundial duradera» el mejoramiento de las clases asalariadas, y consideró «que el rechazo, por un país cualquiera, de un régimen de trabajo *realmente humano*, pone obstáculos a los esfuerzos de las demás naciones deseosas de mejorar la suerte de los obreros en sus propios dominios».

Los Gobiernos han comprendido la verdad de tales palabras, y sus representantes a las Conferencias del Trabajo apoyan — por regla general y en sus líneas fundamentales — los puntos de vista de los trabajadores.

Los patrones, en cambio, llegan a Ginebra dispuestos a obstruir la obra del «Bureau International» y a defender, con intransigencia violenta, sus privilegios.

* * *

Al hablar de patrones, es preciso hacer algunas excepciones. No todos son fanáticos ni intratables. Hay algunos —